



¿Quién es el dueño de la verdad? Nadie. Porque esa clase de verdad (universal, igual para todos) no existe. No existe la certeza. Todo puede ser (es) verdad. Por lo tanto, nadie puede, por la fuerza, imponerle su verdad a los otros.

La filosofía contemporánea. Las teorías del giro lingüístico.

Selección (arbitraria) de pequeños fragmentos del libro de Dardo Scavino "*La filosofía actual. Pensar sin certezas.*", Ed. Paidós, compilados por Leonel Elfeo.

■ "(Para el giro lingüístico). un enunciado verdadero no dice lo que una cosa es sino lo que presuponemos que es dentro de una cultura particular."

"El mundo "real" está determinado por los hábitos del lenguaje comunitario que orientan nuestra interpretación de los hechos."

"Tomemos un ejemplo. Como en las lenguas occidentales, los yamanas de Tierra del Fuego tienen un verbo para hablar de las cosas que se rompen y otra para hablar de las cosas que se pierden. Cuando un animal muere, sin embargo, ellos dicen que se

rompió; cuando una persona muere, en cambio dicen que se perdió. Decir que los yamanas tienen dos verbos para hablar de un mismo hecho, la muerte, sería una ilusión etnocéntrica; para nosotros se trata de un mismo hecho porque utilizamos un mismo verbo; para ellos se trata de dos hechos diferentes porque las personas no se rompen: se pierden. Podemos llegar a vislumbrar hasta qué punto el mundo de los yamanas, sus creencias, su religión, sus instituciones sociales, su visión de la naturaleza, podían ser distintas a las nuestras nada más que conociendo la diferencia entre nuestras experiencias verbales."

"El ser humano no puede sustraerse a su cultura, a su mundo histórico, a su comunidad, para ver las cosas desde una mirada a-cultural o a-histórica. Objetiva. El sujeto está sometido a la norma, hábito o costumbre del otro. Sucede que el otro, la lengua del otro, es quien habla a través de mí, quien habla, como se dice, en mi nombre."

"Ahora bien, ¿cómo es posible que ya sepamos lo que es la virtud, la literatura, la sociedad, la lluvia, el planeta Venus y todo el resto de las cosas que pueblan nuestro mundo? Lo sabemos porque formamos parte de una cultura, porque hablamos una lengua, porque cada una de las cosas tiene para nosotros, originariamente, una o varias significaciones.

Así entendido, un mundo es un conjunto de significaciones, de saberes, de valores, de gustos, de certezas: una pre-interpretación o una 'pre-comprensión', como la llamaba Heidegger."

"El lenguaje crea tanto el yo como la realidad. Lejos de dominar una lengua, como suele decirse, una lengua domina nuestro pensamiento y nuestras prácticas."

"El mundo no es un conjunto de cosas que primero se presentan y luego son nombradas o representadas por un lenguaje. Eso que llamamos nuestro mundo es ya una interpretación cultural y, como tal, poética o metafórica. Lo vimos a propósito de los yamanas. Las interpretaciones preceden a los hechos."

■ "No existen hechos, sólo interpretaciones."

"Desde el punto de vista científico, un hecho no prueba nada, simplemente porque los hechos no hablan, se obstinan en un silencio absoluto del cual una interpretación siempre debe rescatarlos. Somos nosotros quienes probamos, quienes nos valemos de la interpretación de un hecho para demostrar una teoría.

"¿Pero la filosofía y hasta la propia ciencia no se convierten así en variantes de la retórica? Al renunciar a la idea de una verdad objetiva, o de un discurso racional, ¿se trata entonces de ficciones más o menos convincentes o verosímiles pero, a fin de cuentas, irracionales?"

"Si quiero refutar una teoría, no puedo remitirme a los hechos "tal cual son" sino emitir otros enunciados, criticar, argumentar, exponer, en fin: hablar. La realidad nunca refutó un discurso o una interpretación de los hechos, siempre lo hicieron otros discursos y otras interpretaciones."

"Pero si ya no existe una verdad que sea válida para todos, ¿cómo podrían ponerse de acuerdo los individuos? ¿Con qué criterios decidir lo que está bien y lo que está mal?"

"Ya no se trata de decir una verdad acerca de las cosas sino de convencer a los demás con argumentos ingeniosos, bellos o atractivos."

"El mundo se vuelve fábula, el mundo tal cual es, sólo es una fábula: fábula significa algo que se cuenta y que no existe sino en el relato; el mundo es algo que se cuenta, un acontecimiento contado y por eso mismo una interpretación: la religión, el arte, la historia, son otras tantas variantes de la fábula."

(F. Nietzsche)

"Así pues, uno de los principales problemas en torno del cual van a girar los debates del fin de siglo es el del estatuto de la verdad. Si esta ya no puede ser pensada como la correspondencia entre las ideas y las cosas, ¿qué es entonces?"

"El giro lingüístico se convierte entonces en una suerte de constructivismo radical, doctrina según la cual las teorías científicas o los discursos metafísicos no descubren la realidad sino que la crean."

"No existe una realidad como la que los metafísicos han tenido la esperanza de descubrir", dirá el francés Jacques Derrida, ni una naturaleza humana, ni una esencia de las cosas, ni siquiera leyes universales que gobiernen los movimientos de los cuerpos o los comportamientos de los hombres: nada de eso existe fuera de las teorías, es decir, de un uso particular de los lenguajes humanos."

"Jürgen Habermas se preguntó sobre la frontera entre la filosofía y la literatura. Si la filosofía no sería un género retórico que se disimuló como tal durante siglos, o incluso un mito inventado por los griegos en los orígenes de la cultura occidental, apenas una liturgia practicada por quienes veneraban la verdad y esa pomposa divinidad llamada *ser* cuyo rostro nadie vio jamás."

"Pero si la filosofía es una retórica más, entonces los sofistas fueron injustamente maltratados por los herederos de Platón. Al menos esos oradores no engañaban a sus discípulos diciéndoles que aprenderían con ellos la ciencia de pensar racionalmente, de encontrar la verdad o de conocer la esencia de las cosas. Ellos sólo proponían enseñar el arte de la persuasión o de la seducción retórica: ya no se trataba de decir una verdad acerca de las cosas sino de convencer a los demás con argumentos ingeniosos, bellos o atractivos. A fin de cuentas, Sócrates había sido un sofista más, nos asegura aquel discurso, que disimulaba su arte con astucia; según él, sólo pretendía buscar la verdad y poco importaba si sus argumentos lograban seducir o no a sus conciudadanos. Pero se sabe que no hay mejor seductor que aquel que finge no seducir y aparenta indiferencia ante la persona que intenta atraer o convencer. La estrategia de Sócrates habría dado resultado, si no con sus compatriotas, sí con miles de generaciones de "filósofos", comenzando por su discípulo Platón. Pero al distinguir filosofía y sofística, ¿Platón no habrá sido el inventor de la primera ortodoxia en nombre de la cual todos los que pensarán distinto serían acusados de mentir o de engañar? Detrás de aquella búsqueda desinteresada

de la verdad se ocultaría entonces un oscuro instinto de dominación: los hombres deberían dejar de lado los engaños de los sofistas y obedecer a la "Única Descripción Correcta", como la llama Rorty."

■ "Si ya no existe un criterio "objetivo", ¿no se impondría la ley del más fuerte?"

■ "Son las diversas interpretaciones las que dan lugar a una lucha violenta: como en la tradición, ellas no ven en las otras interpretaciones sino engaños o errores". (Gianni Vattimo)

■ "En lugar de criticar a la opinión pública porque no sabe lo que dice, porque se ve constantemente seducida por los medios de comunicación masiva y los profesionales de la propaganda, había que criticar al propio crítico, ese que pretende sustituir la multiplicidad de opiniones, de pareceres y de maneras de vivir por una verdad universal y necesaria."

■ El vacío dejado por la desaparición de las (supuestas) verdades universales, esas que valían para todos por igual, más allá de sus valores y de sus costumbres, deberá ser ocupado por un:

-PENSAMIENTO MORAL.

-DIVERSAS ÉTICAS.

■ **ya no existe una moral universal, sino morales particulares.**

"La Ilustración ya había concebido un sujeto transhistórico y transcultural: el Hombre. Semejante a Dios, el Hombre era un sujeto absoluto en los dos sentidos de la palabra: no-relativo, universal, pero también ab-suelto, es decir, des-ligado de toda determinación histórica o cultural. Ese sujeto, entonces, era absolutamente libre. Y si podía acceder a una verdad objetiva, desprovista de prejuicios, desligada de cualquier determinación, era precisamente porque se trataba de un hombre libre. La libertad, en este aspecto, era una condición de la verdad. Y ese sujeto era libre

porque resultaba, en última instancia, autónomo, porque se daba las propias normas o leyes de su actuar, porque se autolegislabo o no obedecía a las normas de otro. (... en la actualidad) la situación se invierte: ya no se trata del sujeto libre, autónomo, que busca excusas para justificar sus actos, sino del sujeto determinado, compulsivo, que se imagina actuar motu proprio. Ya lo decía Spinoza en el siglo XVII -y por eso se convertirá, retroactivamente, en un "precursor" de Marx, Nietzsche y Freud-: los hombres se creen libres porque ignoran sus determinaciones. Pero si aquel sujeto absoluto, universal y libre, resultaba sólo una ilusión, si no había más que sujetos relativos y ligados a contingencias históricas y determinaciones particulares, ¿cómo podía la filosofía fundar ahora una moral? Esos sujetos ya no son responsables de todas esas determinaciones. Es más, se los puede estudiar como a seres naturales, porque sus comportamientos responden a determinaciones históricas, económicas, sociales, lingüísticas o pulsionales. Estos sujetos no son autónomos porque obedecen a la norma de otro, a los valores de su etnia o a la lengua de sus ancestros. La posibilidad de una ciencia capaz de estudiar los comportamientos humanos de manera objetiva implicaba la imposibilidad de fundar una moral universal del hombre. (...) ¿Puede hablarse de un bien y un mal universales? ¿Lo bueno para una cultura no puede ser malo para la otra? Cada pueblo considera que su manera de vivir es la mejor o la verdaderamente buena y suelen despreciar a los extranjeros, a los 'bárbaros', porque viven 'mal' desde el momento que no se comportan 'como la gente'. El término moral, justamente, proviene del latín mos, que significa costumbre, usanza o hábito."

■ la verdad universal no sería otra cosa que la verdad de una cultura hegemónica (griega, europea, occidental) que intenta dominar e imponer sus valores a los demás. Un etnocentrismo.

"Jacques Derrida iba a proponer la idea de una 'deconstrucción' de los discursos filosóficos. En efecto, la filosofía pretendió elaborar un lenguaje universal y necesario, o 'a priori', como lo llamaría Kant. Ahora bien, este es el gesto etnocéntrico por excelencia: ciertos valores relativos a una cultura (griega, europea u occidental) pretenden ser los únicos válidos en todo tiempo y lugar. La lógica del universalismo filosófico no sería muy distinta del pensamiento de ciertas tribus que se llaman a si

mismos los 'verdaderos hombres' (y que nuestro etnocentrismo moral reproduce cuando hablamos de alguien que se comporta 'como la gente').

(...) Detrás de esas pretensiones de universalidad se esconde entonces, como lo habría visto Nietzsche hace más de un siglo, una suerte de oscuro instinto de dominación: se trata de imponer a los enemigos (los otros, los extranjeros, los bárbaros) los valores supuestamente superiores del Imperio."

■ el discurso de liberación de las minorías.

"Sobre todo en los Estados Unidos, la deconstrucción derridiana terminará por unirse a un discurso sobre la liberación de las minorías que comienza a tomar relevancia en los campos universitarios pasadas ya las revueltas del '68. Según este discurso, la cultura occidental había erigido ciertos valores supuestamente universales para someter al 'otro': las mujeres, los homosexuales, las minorías étnicas, los locos, los discapacitados, los drogadictos, etc.- De arma para liberarse de los prejuicios tradicionales y las creencias religiosas, la Razón pasaba así a convertirse en símbolo de opresión, de sexismo, de racismo, de represión del deseo o de normalización social."

■ un nuevo irracionalismo, basado en la crítica de la razón científica, universal, pretendidamente objetiva.

"(...) los defensores de la racionalidad científica debieron defenderse de las acusaciones de 'reaccionarios' que recayeron sobre ellos. ¿Pero cómo dos autores (Alan Sokol y Jean Bricmont, autores de *Imposturas intelectuales*, 1997) que defienden la racionalidad científica contra el oscurantismo, o que sostienen todavía la idea de un progreso de la ciencia gracias a la razón, pueden ser considerados 'reaccionarios'? En un capítulo de ese ensayo, por ejemplo, Sokal y Bricmont consideran disparatado poner en el mismo plano la medicina científica de Occidente y las prácticas curativas de ciertas tribus 'primitivas'. Ahora bien, desde la perspectiva del relativismo cultural, esto es un acto de lesa etnocentrismo, una manera de considerar 'superior' a la civilización occidental, de pretender imponerle a los otros pueblos unas prácticas supuestamente mejores y despojarlos así de sus propios valores y creencias. Acusar de 'oscurantistas' o 'irracionalistas' a todas aquellas prácticas que no se pliegan a las disciplinas desarrolladas en Occidente, según los

cánones de la racionalidad establecidos, sólo puede obedecer a una voluntad de dominación típica del hombre blanco. En síntesis, 'reaccionarios' ya no quiere decir 'irracionales' sino 'etnocéntricos' y, por consiguiente, 'colonialistas' y 'normalizadores'".

■ la ética de la diferencia.

"A principios de los 80, este relativismo moral parecía haber resuelto los inconvenientes de ciertos intelectuales radicales. Por un lado, abandonando el marxismo, se podía comprender el desastre de las revoluciones en los países de Este y del Tercer Mundo aplicando estos criterios etnográficos. Una vanguardia ilustrada habría impuesto allí una dictadura de la Razón, con todos los dispositivos de disciplinamiento y exclusión evocados por Foucault -cárceles, hospitales psiquiátricos, racionalización del trabajo, campos de reeducación, etc.- sometiendo así a las diversas minorías étnicas y destruyendo sus culturas tradicionales para imponer, en última instancia, 'la ideología de la etnia occidental', bajo la forma, esta vez, del 'gran relato' marxista: al igual que Napoleón, los Stalin de este siglo, desde Kim Il Sun a Pol Pot, podían reprimir al pueblo ya que lo hacían en nombre de su emancipación futura. De ahí que muchos intelectuales digan que estas revoluciones, aún cuando se enfrentaran a las potencias de Occidente, habrían continuado su proyecto imperialista de uniformar el planeta bajo los valores de la racionalidad instrumental. En los países occidentales, por su parte, había que promover las democracias 'pluralistas', donde una minoría (el macho blanco, racional y eficaz) no le impusiera su modelo normalizador a las demás. La democracia debía basarse, antes que nada, en el 'respeto de las diferencias'".

■ ¿dónde terminan las diferencias y dónde comienza la violación de los derechos humanos más elementales?

"O dicho de otra manera, ¿dónde termina la tolerancia y dónde comienza el conformismo o la indiferencia ante la represión y la tiranía? Y por otra parte, ¿cómo podría hablarse de derechos universales si no existen valores más allá de las diversas culturas? O el caso abordado por Montaigne en sus *Ensayos*: ¿el canibalismo es una práctica universalmente reprobable o la consideramos inmoral porque simplemente nos repugna a nosotros, los occidentales? No se puede dejar de pensar que la circuncisión del clítoris en algunas culturas africanas es un acto bárbaro

y aberrante, ya que esas mujeres se ven condenadas a no gozar plenamente del sexo por el resto de sus días. Pero impedir que esas escisiones sigan produciéndose, podría contestar otra persona, implica obligar o al menos incitar a esos pueblos a que abandonen sus culturas ancestrales. Y en consecuencia, se transgrede así el sagrado imperativo de 'respetar las diferencias'.

(...) En síntesis, un mismo hecho -la excisión del clítoris, puede ser interpretado desde perspectivas diferentes, y como según la crítica culturalista nada existe fuera de esas interpretaciones, ya no puede recurrirse a ninguna 'objetividad' de los hechos para decidir cuál sería la interpretación adecuada y cuál la inadecuada. Tampoco podría hablarse de un individuo autónomo, independiente del lenguaje, las costumbres o las normas de la etnia. ¿Para qué hablar de ética entonces? La ética se convertiría en una simple tolerancia ante las diferencias individuales o comunitarias, porque sólo existen interpretaciones relativas. Pero si se invoca una ética, una determinada norma, a fin de cuentas es porque la única interpretación intolerable es la no-relativista o la universalista. 'Yo respeto sus valores, pero si usted pretende que sus valores sean los únicos verdaderamente válidos y universales, usted es un intolerante!.'

■ el relativismo nacionalista.

"En Francia, muchos intelectuales que promovían la idea de Lèvi-Strauss de un 'respeto de la diferencia' se encuentran con que su defensa de la diversidad cultural comienza a ser utilizada por el Frente Nacional, el partido neofascista de Jean-Marie Le Pen, para justificar la expulsión de los inmigrantes. El mismo Lèvi-Strauss, en un ensayo titulado *Raza y cultura*, termina por defender una tesis en contra de toda 'coalición' entre culturas: esta mezcla termina produciendo, según él, la uniformidad o la eliminación de las diferencias, es decir, de las diversas entidades étnicas. Los fascistas coincidían así con los defensores de la multiplicidades étnicas y de las diversidad cultural: 'Nosotros respetamos sus diferencias -sostienen pero que ellos respeten también nuestra identidad' (y se vayan de vuelta a su país de origen).

(...) No se puede, dice en sustancia Lèvi-Strauss, querer a la vez la diversidad de las culturas y la familiaridad con culturas distintas de la nuestra; porque la familiaridad es el primer paso hacia la desaparición de esta diversidad. Es mejor quedarse en su lugar e ignorar a los otros que conocerlos demasiado bien; es mejor rechazar a los

extranjeros fuera de nuestras fronteras que verlos, sumergirnos y privarnos de nuestra identidad."

■ la ética ironista.

"Si alguien le propusiera fundamentar su ética, si alguien le preguntara por qué la solidaridad es mejor que la crueldad, Rorty le diría que no hay un por qué, que simplemente es así, y lo invitaría a adherir a esos valores como quien se entusiasma con una experiencia estética, por una cuestión de gusto. El filósofo hermeneuta no propone sus tesis apoyándose en una demostración sino casi a la manera de un juicio de gusto, cuya universalidad se realiza como si ella resultara de un consenso siempre contingente y que tiende a amplificarse.

(...) La demanda de disminuir la crueldad es una abstracción vacía a menos que demos una especificación concreta de lo que debe ser tomado como un ejemplo de crueldad. Como lo planteábamos más arriba, la circuncisión del clítoris puede parecernos de una crueldad inaudita, pero (a los ironistas) puede parecerles un acto de solidaridad comunitaria a las etnias que la practican, ya que por ese acto la comunidad recibe en su seno a la muchacha así "iniciada".

■ la ética del no-Mal (o de los derechos universales).

"La filosofía moral se encuentra entonces desarmada ante el relativismo cultural: no hay manera de poner de acuerdo a todos los seres humanos acerca de lo que es bueno o virtuoso. En síntesis, no existe un Bien universal y necesario sino, siempre y por todos lados, bienes relativos y contingentes. Para unos hay que comportarse de una manera, para los otros de otra. Pero esto no es lamentable por sí mismo, van a decir algunos 'nuevos filósofos' franceses. Al contrario, hay que aceptar la diversidad humana, las diferencias culturales, las multiplicidades individuales. Cada comunidad y cada individuo tiene su pequeña idea acerca de lo que es el bien para ellos y conviene que no traten de imponérsela a los otros. En esto consiste la tolerancia, el principio moral más sabio del pensamiento moral. Justamente, el Mal comienza cuando una Iglesia, un Partido o un Estado pretenden imponerle a todos los individuos un Bien supuestamente universal. Es lo que dicen, a grandes rasgos, Bernard-Henri Levy y André Glucksmann: las revoluciones, inspiradas en la utopía de una sociedad sin Mal, terminan por convertirse en la manifestación más patente de

ese Mal. Porque en realidad, el Mal que esos revolucionarios quieren suprimir son todas aquellas prácticas y valores que no se ajustan a 'su' Bien.

(...) La conclusión a la que llegan los 'nuevos filósofos' es la siguiente: lo universal ya no es el Bien, sino el propio Mal. Como animales culturales, en efecto, los seres humanos tienen distintas maneras de ver las cosas, valores morales diversos, múltiples versiones del Bien. Pero como animales a secas, somos seres vivientes capaces de sentir dolor y temor ante la muerte, todos sufren por igual. Las torturas y las ejecuciones, en consecuencia, son un Mal aquí y en cualquier parte del planeta. Por eso la ética de los derechos humanos es universal, porque ya no prescribe un Bien sino que denuncia un Mal. Y como el terror, la tortura y los genocidios estuvieron unidos en este siglo a las experiencias revolucionarias, aquellas que se proponían 'romper la historia en dos' los derechos humanos son, indirectamente, antirrevolucionarios...."

■ la bioética.

"Un planteo semejante podría encontrarse en un ensayo del alemán Hans Jonas, El principio de responsabilidad. La moral nos dice, como se sabe, cuáles son nuestros deberes y nuestras responsabilidades. ¿Pero a quién debemos responderle?, se pregunta Jonas. ¿Ante quién somos responsables si ya no existe Dios? Ante las generaciones futuras, contestará este filósofo. Porque la existencia de la humanidad es una obligación 'incondicional', es decir, universal y necesaria: hay que 'preservar para el hombre la integridad de su mundo y de su esencia contra los abusos de su poder'. El deber de los individuos y los Estados, en consecuencia, es evitar hoy el Mal futuro de la especie humana. La moral se convierte entonces en una bioética: cuidado del medio ambiente y control de las experiencias genéticas, por sobre todo.

Se trata de una ética de la conservación de la especie, que ya no se inspira en un 'principio de esperanza', como lo llamaba Ernst Bloch, ni en alguna 'profecía de emancipación', típico de la Modernidad, sino en un 'principio de responsabilidad' y, por consiguiente, en una 'profecía de la desdicha', según la expresión que Jonas opone explícitamente al pensamiento de Bloch. Del futuro luminoso que nos prometía la Modernidad, pasamos al futuro catastrófico de la posmodernidad, al *no future* de los punks, a las anti-utopías de ciertas novelas y películas de ciencia-ficción: atmósferas radiactivas o saturadas de dióxido de carbono, sociedades controladas

por autómatas y computadoras, nuevas razas de esclavos producidas por los ingenieros genéticos, una humanidad des-inmunizada habitando burbujas de plástico para preservarse de los nuevos virus creados en un laboratorio...

Se trate de los 'derechos humanos' en la versión Lévy-Glucksmann o del 'principio de responsabilidad' en la versión de Jonas, estamos ante dos éticas eminentemente conservadoras: el imperativo universal de la primera es la conservación del individuo; el de la segunda es la conservación de nuestra especie. En ambos casos, el derecho fundamental de los humanos es su derecho a permanecer vivos."

■ la verdad y el consenso.

"Una vez más, se plantea aquí el problema de la verdad. Recordemos lo que decían los hermeneutas: la verdad es posible gracias a la apertura originaria al 'mundo de la vida'; mundo que Habermas concibe como ese 'entendimiento preestablecido en una capa profunda de evidencias, de certezas, de realidades que jamás son cuestionadas'. Con una teoría orientada más bien hacia una psicología de la comunicación, Paul Watzladick, uno de los teóricos de la escuela de Palo Alto, se propone demostrar que nuestra imagen de la realidad depende en buena medida de la confirmación o la no-confirmación que aporta a nuestra percepción el testimonio del otro, sobre todo si se trata de una persona que goza de cierta autoridad. A un individuo le resulta difícil sostener una creencia o una convicción cuando no tiene eco o resulta directamente delirante para los miembros de la comunidad que habita. En general, el sujeto enfrentado a tales perplejidades prefiere confirmar la opinión establecida antes de que lo vean como a un loco o un delirante. De modo que la realidad, concluye Watzaladick, depende en gran medida del consenso: no se puede establecer una distinción neta entre la construcción de la realidad y la comunicación intersubjetiva. ¿Las verdades se confundirían entonces con una suerte de conformidad con 'los sentimientos establecidos'?"

(y así siguiendo...)

